

**EL GRAN PROBLEMA  
DE LA MODERNIDAD Y LA FURIA  
DE MAHATHIR: LOS MEDIOS  
DE COMUNICACIÓN DE MASA  
Y OCCIDENTE COMO EL MAL  
TRASCENDENTAL\***

YAO SOUCHOU  
*Institute of Southeast Asian Studies*

Por muy doloroso que pueda ser para mí aceptar esta conclusión, me veo obligado a declarar esto: para el hombre negro sólo hay un destino; y éste es blanco.

FRANTZ FANON, *Black Skin, White Mask*

LOS MEDIOS de comunicación masiva y en general la cultura popular provocan una emoción incómoda en la mayoría de los intelectuales. Desde un punto de vista esencialmente burgués, los medios de comunicación se ven como algo digno para las masas. Éstos atienden al ínfimo denominador común de las emociones más elementales; se sostiene que la programación de la televisión, dominada por las telenovelas, los *shows* de entrevistas y los videos musicales, no ofrece un compromiso crítico con los asuntos de la vida. En la crítica de Adorno, la música popular induce al oyente a un consumo infantilizado: la "colonización de la conciencia" del consumidor no es menos devastadora que la alienación de los trabajadores en la fábrica (1973). En el Sudeste de Asia, la invalidación de los medios de comunicación estáazonada con otra denuncia: el imperialismo cultural occidental.

\* Ponencia presentada en la Conferencia Bienal de la Asociación de Estudios Asiáticos de Australia, 13 al 16 de julio de 1994, Universidad de Murdoch, Murdoch, Australia Occidental.

El discurso de los medios de comunicación masiva en el Sudeste asiático resulta fascinante cuando expresa la casi patológica sensibilidad de los líderes políticos —y de segmentos de la sociedad civil— para ofenderse a causa de los medios de comunicación masiva occidentales. Los cuestionamientos acerca de los valores pedagógicos —o la falta de éstos— de la comunicación masiva popular se convierten en manifestaciones de una sospecha profunda respecto de Occidente. El hecho de escribir esto en Singapur nos hace conscientes del rico “excedente de significado” que conllevan, pero no dicen, términos como “imperialismo cultural” y “comunicación masiva”. “La comunicación masiva es mala para usted porque procede de Occidente.” Mucho se debe al hecho de la dominación y el control occidentales y sus efectos indeseables en las culturas y sociedades locales. La increpación ritual de la comunicación masiva occidental desvía algunas preguntas importantes. Si la comunicación masiva hubiera de asianizarse —en cuanto al control y a la programación—, ¿en qué sentido sería “buena para usted”? Después tenemos las vacilaciones acerca de los “valores asiáticos”.<sup>1</sup> ¿Por qué las naciones sudasiáticas, a pesar de su confianza política y económica emergente, perciben sus culturas y sociedades como vulnerables y fáciles de saquear por Occidente? Estas preguntas contribuyen a la compleja formación de la idea sobre los medios de comunicación en el Sudeste de Asia. Más que ninguna otra cosa, la televisión, y el teléfono y las telecomunicaciones en general, señalaron la llegada de la era moderna al mundo en desarrollo, y sin ellos éste no puede funcionar social y económicamente. Por esta razón, la relación entre los Estados del Sudeste asiático y los medios de comunicación masiva ha sido difícil; lo que está implicado es, más que el efecto de la comunicación masiva occidental —o aun el tema relativamente menor de la violencia de la TV—, la

<sup>1</sup> Tommy Koh, un exembajador de Singapur en Estados Unidos, publicó en el *International Herald Tribune* los que él considera los diez valores más representativos de lo mejor de las sociedades del Sudeste de Asia. Allí incluía la “desconfianza del individualismo extremo”, “el trabajo duro como virtud” y la “creencia en el contrato social entre la gente y el Estado” (ST, 14 de diciembre de 1993).

ambivalencia hacia los frutos mismos de la modernidad. Si bien el desarrollo económico siempre provoca cambios en las comunicaciones tradicionales, la globalización y la occidentalización —se teme— aceleran este proceso, lo cual amenaza los centros existenciales y culturales de estas sociedades. El hecho de que Occidente debería proporcionar los medios para expresar esta vulnerabilidad es un tema crítico que hay que desempacar.

La respuesta en el Sudeste de Asia toma particularmente el sendero familiar del imperialismo cultural al extender el asunto de la dominación política y económica occidental al campo cultural —y psicológico. El discurso hace aflorar el antagonismo histórico entre el Oriente colonizado y el Occidente colonizador. Algunos líderes políticos, como el primer ministro malayo, doctor Mahathir, amplían este antagonismo al construir una serie de diferencias sistemáticas entre el Oriente y Occidente como opuestos morales. Hay, sin embargo, contradicciones significativas en la otrización de Occidente en un mundo globalizado. Yo planteo que el discurso asiático sobre los medios de comunicación masiva es un intento de maniobrar las relaciones globales fluidas, al darle a Occidente una configuración formal: la forma del “Mal”. Occidente como el Mal Trascendental es una construcción poderosa, debido a las condiciones que siempre han amenazado la “diferencia” que el sujeto asiático está tratando de construir entre sí mismo y “Occidente”. En esta búsqueda —de una diferencia perdurable entre Sí mismo y el Otro—, el sujeto asiático queda atrapado dentro de la operación del deseo; es un deseo que inscribe el doble movimiento de otrización y apropiación en la relación con el Occidente. En un proceso típico de la proyección lacaniana, el “Occidente” se convierte en el testimonio existencial para la ansiedad del sujeto asiático de (re)descubrirse a sí mismo, a fin de encontrar seguridad en un mundo incierto.

### Los medios de comunicación de masa y la furia de Mahathir

La reescritura de una agenda asiática en materia de comunicación masiva en el Sudeste de Asia tiene un apuntalamiento complejo. Por una parte, se reconoce que la proliferación de estos medios es una consecuencia natural del flujo de información y de la difusión de las tecnologías avanzadas de telecomunicaciones. Todo esto se ve como algo de alguna forma inevitable, y aun beneficioso. Como señala un autor, "no hay manera de que los gobiernos puedan impedir que el flujo de información entre a sus países, debido al prevailecimiento tan extendido de la tecnología de satélite", y lo mejor que pueden hacer es aprovechar las nuevas tecnologías para el desarrollo económico (Jussawalla, 1993). Sin embargo, el señuelo de la promesa económica va acompañado por un sentimiento de ambivalencia respecto del efecto social de medios como la Star TV y otras transmisiones por satélite. En el Sudeste de Asia, el primer ministro malayo, el doctor Mahathir, ha sido el crítico más ferviente de los medios occidentales. Más que los de cualquier otro dirigente político de la región, sus pintorescos comentarios acerca del funcionamiento de los medios occidentales hacen eco de las preocupaciones de muchos gobiernos asiáticos y ayudan a constituir la posición central de un discurso asiático sobre estos medios de comunicación. Nuestra discusión podría empezar fructíferamente si examinamos sus comentarios en detalle.

Desde su ascenso al poder, en julio de 1981, el doctor Mahathir ha adoptado una postura internacional "antiOccidente", que refuerza el perfil de Malasia como un vocero de "Oriente". La campaña "Mira al Oriente" en su administración inicial, por ejemplo, tendía ostensiblemente a desviar el enfoque económico malayo hacia el Este de Asia, específicamente Japón y Corea, cuyos elementos clave, como su fuerza de trabajo disciplinada y su crecimiento económico, proveían, según su perspectiva, un mejor modelo para Malasia que el "Occidente en decadencia". A través de los años, Mahathir ha elaborado consistentemente la agenda y se ha presentado como

un mandatario asiático preparado para “replicarle a Occidente”. Muchos movimientos del doctor Mahathir están exquisitamente orquestados, como su política de 1981 —“compreñ el Final Británico” — en protesta por el aumento de las cuotas de admisión para estudiantes extranjeros en las universidades británicas. Más recientemente, al tiempo de escribir esto, está enfrascado en una pelea con la prensa inglesa sobre un informe del *London Sunday Times* acerca de su relación personal en una extorsión, lo que condujo a la prohibición de que las firmas británicas se presentaran para proyectos gubernamentales. La acción del doctor Mahathir, cuando la resonancia del pasado imperial occidental apenas se ha asentado, asume algo de gesto revolucionario: un sujeto colonizado intenta exigir a sus amos excoloniales que respondan por sus pecados. Su crítica de los medios de comunicación occidentales se puede ver como parte del proyecto de sostener una postura relativamente independiente, y de ofrecerle a Occidente, aun agobiado por el recuerdo del colonialismo y del imperialismo, la oportunidad de redimirse. Éste es un vasto campo para la deconstrucción, y los comentarios recientes del doctor Mahathir son ilustrativos.

En julio de 1993, el magnate de los medios globales Rupert Murdoch compró 63.6% de los intereses que controlan la Hutch Vision Ltd., la casa matriz de la compañía Star TV, con base en Hong Kong, que transmite videos musicales, deportes y noticias a 38 países en Asia y el Pacífico. Star TV comenzó sus servicios en 1990, ofreciendo tres canales que incluían los deportes ingleses y canales musicales, y el canal mandarín (en chino) que presenta telenovelas chinas y programas de variedades. Al año siguiente se añadieron dos canales más: el documental y de noticias de la BBC y el canal de entretenimiento familiar. Por ser el ingreso por publicidad la fuente principal de ingresos para Star TV, en los primeros años no se ha alterado ninguna de las señales de sus programas, a fin de que puedan recibirse por televisión con un simple disco de satélite. La penetración de Star TV ha sido espectacular. A pesar de las medidas que tomaron algunos gobiernos para desalentar el acceso, a principios de 1993 el número de clientes de esta

televisora alcanzó once millones en doce países, de los cuales los principales son Israel y Taiwan, seguidos por Hong Kong, los Emiratos Árabes Unidos e India (Wang, 1993).

El que Rupert Murdoch comprara Star TV ocasionó fuertes objeciones por parte del doctor Mahathir, quien en su visita de tres días a Brunei, en agosto de 1993, planteó retóricamente esta pregunta: “¿Por qué el señor Rupert Murdoch compró 65% de los intereses de Star TV por 500 millones de dólares americanos? Si no va a controlar las noticias que vamos a recibir, entonces, ¿qué pretende?” Mahathir quería saber por qué el magnate de los medios estaba “pagando tal precio fantástico por una cadena que nunca había mostrado ninguna ganancia” (*The Straits Times* [ST], 4 de agosto de 1993). Hay que ver estas observaciones en el contexto de su desconfianza general de los medios de comunicación occidentales, se puede notar que sus críticas están dirigidas a tres niveles. En primer lugar, los medios de comunicación occidentales son poderosos y amorales. En palabras del doctor Mahathir:

Podemos contemplar un asesinato mientras lo están cometiendo, con todos sus detalles sangrientos, pero al mismo tiempo la televisión puede tenernos bailando mientras vemos a Michael Jackson durante su “caminata lunar”.

Claramente la gente que decide qué deberíamos ver y oír posee un poder terrible. Pueden tenernos bailando en las calles o pueden tenernos haciendo un motín con antorchas en las manos, quemando, saqueando y matando (*Star*, 14 de octubre de 1993).

En segundo lugar, los medios de comunicación masiva distorsionan la verdad acerca de Asia. “No han sido justos y suprimen todo lo bueno” acerca de los países en desarrollo; por lo tanto, son desestabilizadores y operan en contra de los “intereses asiáticos”:

No hay un periódico asiático para asiáticos, sólo periódicos occidentales publicados en el nombre de los países asiáticos [...] Su idea principal [la de los medios de comunicación extranjeros] es cómo crear fricción e inestabilidad, de manera que si estamos inestables puedan competir con nosotros (*ST*, 4 de agosto de 1993).

Finalmente está la idea de que los medios de comunicación occidentales amenazan a las sociedades asiáticas y sus valores tradicionales. A pesar de las inmensas oportunidades comerciales de la televisión por satélite, el doctor Mahathir enfatiza la necesidad de prevenir canales abiertos, como Star TV, que importan “elementos no deseados” a las comunidades asiáticas: “Queremos que los medios informen a la gente. No queremos que los medios destruyan su cultura” (ST, 7 de octubre de 1993). En respuesta a comentarios como éste, la Corporación de Noticias de Rupert Murdoch ha contestado lo siguiente: “Estamos conscientes del modo de vida asiático y de su singular herencia cultural, histórica y religiosa. No pretendemos inmiscuirnos en los asuntos internos de ningún país” (ST, 6 de agosto de 1993).

#### El discurso asiático de los medios de comunicación masiva: la retórica de la contestación

Las respuestas del doctor Mahathir son una mezcla de indignación personal, sensibilidad nacional ofendida y una desproporcionada reacción política. El atractivo de la retórica descansa en su capacidad para articular las ansiedades prevalentes en la región con respecto al efecto masivo que puedan provocar los medios de comunicación occidentales y la occidentalización.<sup>2</sup> Por supuesto, las experiencias históricas y nacionales específicas de los Estados del Sudeste de Asia son diferentes, y así son los efectos en sus sociedades respectivas.

<sup>2</sup> Se puede plantear que el discurso trata de la ayuda al control ideológico y político de los líderes del Sudeste de Asia, quienes están en la vanguardia de la construcción de dicho discurso. Este acercamiento soslayaría el hecho de que la posición antiOccidente goza de un considerable apoyo de la sociedad civil y de las ONGs, las cuales están bastante preocupadas por el efecto de la occidentalización y del capitalismo global. Al compartir esta agenda, es fácil reconocer al doctor Mahathir como un “paladín de Oriente” debido a sus declaraciones “anti-Occidente” (léase “anti-colonial”). La fuerza ideológica de la política de la diferencia es tal que el incumplimiento de apoyar al doctor Mahathir puede hacerlo a uno sospechoso de ser “proOccidente”. Éste es el dilema que enfrenta mucha de la *intelligentsia* del Sudeste de Asia (véase el artículo “Values undet Siege”, *Asianweek*, 15 de diciembre, 1993).

Sin embargo, más allá de las experiencias particulares, prevalece un “humor cultural”, un sentimiento general de vulnerabilidad frente a lo que se considera “un ataque violento a las sociedades asiáticas por la interferencia y los valores occidentales”. Es este humor de “culpar a Occidente” lo que ha llevado al *New Light of Myanmar*, el principal periódico en inglés de Yangoon, a aplaudir al doctor Mahathir y calificarlo como un líder asiático que advierte sobre las “actividades de las agencias noticiosas occidentales para desestabilizar [...] a los países individuales en Asia y lograr un dominio económico de la región [por Occidente]” (*ST*, 16 de septiembre de 1993). En Singapur se repite una preocupación similar en la voz apremiante de su ministro de Información y Artes, brigadier general George Yeo, quien ha exhortado a los nacionales del Sudeste de Asia a “continuar la ofensiva” tanto en la regulación de las transmisiones occidentales y como en “promover nuestros propios valores y estilo de vida” (*ST*, 20 de diciembre de 1993). También pensamos en la reciente disputa de Tailandia con el editor del *Longman’s Dictionary of English Language and Culture*, establecido en Londres, el cual describe a Bangkok como una ciudad “famosa por sus templos [...] y donde hay muchas prostitutas”, registro que “proyectaría una imagen negativa de Tailandia [...] [y] erosionaría los buenos estándares morales de los tais” (*ST*, 7 de julio de 1993).

La disputa del doctor Mahathir con Occidente es una versión sagaz de este “humor”. Cuando él apunta que los medios de comunicación mundiales están controlados por “muy poca gente en Occidente” (“los hermanos mayores” de los que obviamente son miembros Rupert Murdoch y Dow Jones & Co., con sede en Nueva York, quienes editan *Far East Economic Review*) que conspira para “desestabilizar a las sociedades asiáticas”, el doctor Mahathir puede asumir en sus observaciones una autoevidencia tal que las naciones en desarrollo entenderían instintivamente. Se trata de una cualidad que, sin duda, se apoya en su estilo personal de elocución, estilo que siempre linda con el rompimiento del protocolo diplomático internacional. En su discurso ante la 48<sup>va</sup>. Asamblea General de las Naciones Unidas del 1 de

octubre de 1993, se informó que le dedicó doce de los 56 párrafos de su discurso a los medios de comunicación internacionales, lo cual fue considerado “sin precedentes” incluso por Bernama, la agencia estatal de noticias malaya, la cual comentó: “Esto es muy especial, pues la mayoría de los líderes normalmente expresarían preocupación por la política mundial en sus alocuciones ante las Naciones Unidas” (*The Sunday Times* [STS], 2 de octubre de 1993). En esta y otras ocasiones, esta violación casi consciente de las reglas de la racionalidad y de la propiedad tiende a corromper el significado acostumbrado del diálogo internacional. Al negarse a participar en el juego de acuerdo con las reglas, la retórica en efecto señala que el orador es diferente de aquéllos para los que normalmente el protocolo está establecido.

La retórica del doctor Mahathir, por lo tanto, construye estratégicamente al sujeto asiático mediante la dispersión de los complejos problemas asociados con los medios de comunicación de masas —su efecto social, su uso y abuso, su posesión y control hacia el otro lado— hacia Occidente. La cuestión que debemos plantearnos aquí no es tanto si en realidad los medios de comunicación occidentales distorsionan las noticias sobre Asia, o si hay motivos de queja reales respecto de mala información en los medios de comunicación occidentales.<sup>3</sup> Sin duda, un programa televisivo australiano como *Embassy* sufre de todas las tediosas presunciones orientalistas que simplifican y distorsionan.<sup>4</sup> Sin embargo, el dolor que le causó al doctor Mahathir, dolor elevado al nivel de insulto nacional, no se puede explicar planteando el asunto relativamente simple de una representación artística falsa o verdadera. Como no se puede decidir la significación de los medios que informan o retratan a los sujetos asiáticos en términos de un

<sup>3</sup> No hay duda de que los medios de comunicación occidentales que informan sobre incidentes como el de Tiananmien o la visita de Nixon a China reflejan los valores de la libertad individual y de la democracia del liberalismo occidental (cf. Wang, 1991). Pero si los medios occidentales distorsionan, no está claro si la información falsa está dirigida predeciblemente hacia Oriente (o hacia Occidente, para el caso).

<sup>4</sup> Para un análisis detallado, véase Mitchell (1993).

juicio de verdad o falsedad, tenemos que dirigirnos al tema del deseo de autoría en el enredado combate que el doctor Mahathir ha entablado contra los medios de comunicación occidentales.

### Occidente como el Otro: la creación de diferencias

Notablemente, el discurso del doctor Mahathir acerca de los medios occidentales afirma un dualismo en términos de una serie de oposiciones como Oriente y Occidente, nosotros y ellos, verdad y distorsión, objeto y sujeto, tradición y modernidad, y así sucesivamente. Estas oposiciones son constructos discursivos. El efecto es dar a Occidente y a los medios occidentales —y así al Oriente mismo— una cualidad formal y la apariencia de ser entidades separadas. Es una formación discursiva que descansa sobre la totalización: ir en contra de muchas de las diversas y conflictivas nociones acerca de Occidente, de Asia, de los medios de comunicación de masa y de sus efectos sociales y colocarlas bajo un grupo de categorías estructurales que explican y disipan estas ideas. Al mismo tiempo, el giro precipitado para formalizar el Otro de Asia en Occidente inmuniza contra la necesidad de examinar el propio deseo y la agenda del sujeto asiático.

Quizá sea útil pensar en este discurso como una clase de occidentalismo, un orientalismo al revés. Ambos emplean la totalización y la otrización en la producción del poder y del conocimiento. Pero el “juego discursivo de opuestos” es tal que si el Occidente (imperial) había creado al Oriente extrayéndolo de su propia imaginación y voluntad de poder, “Asia” también puede dar rienda suelta a la fuerza de su deseo totalizando a “Occidente” en un contradespliegue en el que Asia sola lleva la voz cantante. Es el principio de que —como en los comentarios del doctor Mahathir relativos a su reunión con Rupert Murdoch— “Lo que él me haga a mí, yo se lo haré a él” (*The Sunday Times*, 3 de octubre de 1993). Es como si al emplear la misma estrategia orientalista, la voz asiática deseara simplemente ajustar cuentas con Occidente.

No deseo estirar demasiado esta inferencia del discurso asiático como un espejo opuesto del orientalismo; sin embargo, aquí resulta útil la obra clásica de Said, de la cual aprendemos la importancia de centrarnos en la cuestión foucauldiana de “quien habla” y en las condiciones para la producción del discurso (1978). En este sentido, se puede considerar el discurso como una pronunciación que lucha por ganar el centro de la hegemonía de Occidente. Al hacer énfasis en la victimización de Asia por parte de Occidente, y mediante un recordatorio forzoso de los pasados pecados coloniales de Occidente, el doctor Mahathir se esfuerza por expresar la justicia de suplantarla a la voz dominante. Al tirar a Occidente para el otro lado y reemplazarla como sujeto soberano en el nuevo diálogo global, el discurso señala el arribo de Asia al mundo moderno.

El destierro de Occidente relaciona el debate acerca de los medios de comunicación occidentales con un cuestionamiento más amplio de Occidente respecto de los asuntos de los derechos humanos y la democracia (cf. Bartley *et al.*, 1993). Como invariablemente la crítica occidental culpa a los gobiernos del Sudeste asiático del fracaso en alcanzar niveles aceptables de garantía, la respuesta, suficientemente predecible, ha sido proponer un “modelo asiático” de desarrollo. Básicamente, el modelo plantea que un gobierno autoritario y cierto “compromiso” con estándares de derechos humanos —y ambientales— son condiciones necesarias para un rápido crecimiento económico, modelo que respaldan los gobiernos de Malasia, Indonesia y Tailandia. La defensa de los Estados asiáticos, en suma, se ha esgrimido sobre bases de desarrollo y de nacionalismos. La lógica audaz de esto nos tendría leyendo la contienda con Occidente bajo una luz similar, en términos del miedo de las economías asiáticas de perder su ventaja competitiva en la economía mundial. Las sensibilidades patológicas con que los gobiernos del Sudeste asiático perciben los informes de los medios de comunicación occidentales acerca de las relaciones laborales, por ejemplo, crea no sólo el mellado sentimiento del orgullo nacional, sino también la potencial “desestabilización” de las condiciones salariales relativas en sus economías.

### Política posmoderna, globalización y Occidente

Hay cierta comodidad en este particularismo, pero el acelerado establecimiento de “significado” nubla lo que es primariamente un “humor cultural”, proclividad que no sólo comprende a las economías recientemente industrializadas (ERIS) de Singapur y Malasia, sino también, en diversos grados, a países menos desarrollados, como Indonesia, Tailandia y Filipinas. Si el proyecto del doctor Mahathir es revertir la otrización privilegiada del orientalismo, entonces su controversia con Occidente es una empresa cultural similar, que prospera sobre el antagonismo social de las relaciones poscoloniales. De una manera, lo que acontece es una forma engañosamente simple de “política posmoderna”. A medida que el orden global empieza a cambiar, a medida que el poder fluye cada vez más allá de las esferas tradicionales que configuraron el mundo, el futuro toma forma a través de las luchas de las naciones desheredadas. Estas luchas implican no sólo nuevas voces sino también nuevas reglas del juego político. Se puede percibir el discurso asiático sobre los medios de comunicación masiva dentro de este contexto, en el que la agenda de la modernidad occidental, fundamentada en los ideales europeos —democracia, individualismo y libertad—, está siendo cuestionada. El discurso es contrahegemónico, por insistir tanto en una formulación diferente del propósito de los medios de comunicación masiva como en el derecho a escribir una nueva agenda —desde un “punto de vista asiático” alternativo.

Localizado en la reconfiguración dramática del mundo, es fácil que el proyecto del doctor Mahathir se convierta en uno de oposición. Compite construyendo un discurso alternativo y generando un sujeto asiático soberano. El arcano engranaje de intento comercial y ambición nacional, de deseo personal e integridad comunal, se reduce a una simple coalición de diferencias polares. Si hay que cuestionar que Rupert Murdoch sea dueño de Star TV porque él es occidental, entonces es defendible el control de Robert Kuok sobre el periódico en inglés *South China Morning Post*, de Hong Kong, porque él es

malayo (*The New Strait Times* [NST], 22 de abril de 1994).<sup>5</sup> Si los medios de comunicación de masa controlados por Occidente distorsionan las noticias asiáticas y corrompen los valores asiáticos, los medios de comunicación asiáticos lograrían aquello en lo que fallan los medios occidentales. Esta presentación cruda del antagonismo es posible sólo porque el sujeto asiático admite colocarse como el opuesto formal de Occidente. Al asumir una postura de reacción *contra* la injusticia de lo que Occidente está haciendo a Oriente, el discurso vela la duplicidad del sujeto asiático en su propia hechura. Homi Bhabha ha criticado el orientalismo de Said de esta manera:

Es difícil concebir el proceso de sujetificación como un colocar dentro del discurso orientalista o colonial al sujeto dominado, sin que el dominante también sea estratégicamente colocado dentro de éste. Hay siempre, en Said, la sugerencia de que el poder colonial y el discurso son poseídos enteramente por el colonizador, lo cual es una simplificación teórica e histórica. Los términos en los cuales se unifica el orientalismo de Said la intencionalidad y unidireccionalidad del poder colonial también unifican al sujeto de la enunciación colonial (1983: 24-25).

El acercamiento asiático a los medios de comunicación de masa sufre de un problema similar al agruparse afuera, lo que implica una inmunidad frente a sus denuncias. Homi Bhabha señala la imposibilidad de destruir las diferencias a través de las simples tácticas de oposición. Las diferencias no se pueden anular porque el deseo inconsciente que las produce no puede ser anulado. Esta ruptura de las distinciones, de la dualidad del otro, es un paso deconstructivo necesario. Lo que está en juego no es simplemente si para el sujeto asiático es válido localizar las fuentes de su infortunio en Occidente, sino más bien la naturaleza del deseo que hace en primer lugar necesaria esa

<sup>5</sup> Luego de que las Industrias Unidas Malayas lo compraron, en abril de 1994, la parte del interés malayo del *South China Morning Post* alcanzó 50 por ciento. Cabe esperar que el periódico bajo "control asiático" cambiará hacia una posición editorial "más amistosa con China" que la actual, la cual tiende a colocarse atrás del plan de reforma democrática de Hong Kong del gobernador Patten, antes de la toma de poder china en 1997.

denuncia. Si la diferencia entre Oriente y Occidente es realmente una invención discursiva, y si, en la construcción de Occidente, Oriente también se crea a sí mismo, entonces necesitamos un término para expresar este juego de diferencia inscrito por el trabajo del deseo; por ejemplo, lo que Derrida llama la *differance*, que él define simultáneamente en dos sentidos:

el tomar recurso consciente o inconscientemente, en la mediación temporal y temporizante de una desviación que suspende la realización o cumplimiento del “deseo” o “voluntad”, e igualmente efectúa esta suspensión en un modo que anula o templa sus propios efectos [...]. El otro sentido [...] es el más común e identificable: ser no idéntico. (1982: 8.)

Este tipo de lectura de la diferencia destaca el funcionamiento ingenioso de la voluntad inconsciente para encontrar espacios en los cuales operar. En un proceso de reminiscencia del desplazamiento lacaniano, Oriente construye un Occidente ilusorio como una pantalla para desviar su pánico existencial en un mundo globalizado.

¿Cuál es el infortunio de la globalización —y de la modernización— que aflige al sujeto asiático? La respuesta yace en el rápido flujo de bienes, capital, gente, información, ideas, y culturas a través de las naciones y las comunidades, característico de la globalización. Los intercambios abren sociedades cuyos valores y tradiciones están, cada vez más, sujetos a las influencias y al escrutinio externos. La respuesta de las sociedades del Sudeste de Asia siempre ha sido un cierre selectivo para crear una cierta barrera a lo externo, incluso cuando cortejan activamente los ofrecimientos de la modernización: la ciencia, la tecnología, el capital extranjero y, lo más problemático de todo, la occidentalización. La modernización también trae su propia clase de peligro. En la condición de la modernidad, por lo menos teóricamente, las instituciones políticas, económicas y religiosas están separadas, y lo que hacemos podría no necesariamente estar relacionado con lo que somos. Esto significa que ya no es posible confinar los significados morales, las funciones institucionales y los actos

privados dentro de los principios que definen las fronteras comunales en primer lugar. La globalización añade una nueva dimensión a “la primacía de la diferenciación funcional” bajo la modernidad (Beyer, 1990: 384). Con la disminución de la separación espacial de las comunidades y las culturas, la globalización exacerba el problema de mantener la frontera de la sociedad, debido al movimiento de gente y valores hacia nuestras costas, a una escala con la que antes no habíamos tenido que lidiar. En palabras de Beyer, “Las resultantes tendencias globales de las sociedades han alterado radicalmente las condiciones bajo las cuales todavía es posible la solución moralizante a nivel de la sociedad como un todo, *porque ahora el grupo incluye a todos*” (1990: 384, énfasis añadido).

Se puede decir que la modernidad/modernización desestabiliza los “valores asiáticos” simplemente porque los estándares moralizantes ya no pueden descansar en juicios sustentados institucionalmente (por ejemplo, por grupos de parentesco y por las instituciones religiosas) acerca de lo que hacemos y de quienes somos. En lugar de eso, el consumo urbano, las actividades de un estilo de vida y los logros seculares, como la educación (occidental) y el empleo profesional, se han convertido en los indicadores más importantes del estatus social. En el momento en que éstos son empujados al límite de la representación como algo que proviene de Occidente, diseñado para sacar provecho y para la dominación cultural e inventado para seducir al inocente sujeto asiático, los efectos de la globalización se transforman en una evidencia de las malvadas intenciones de Occidente: el paso de la globalización simplemente afirma la culpabilidad moral de Occidente. Los medios de comunicación de masa son un asunto que aquí señalamos particularmente; su poder poco envidiable para enfurecer al doctor Mahathir puede rastrearse en por lo menos dos factores. Primero: reconocer la absoluta velocidad de transmisión de las tecnologías de los medios de comunicación representa reconocer también, en alguna medida, las inmensas dificultades para construir un cierre efectivo contra las influencias globales. Una murmuración benévola en el

noticiero vespertino de la ABC sobre datos de los derechos humanos en Malasia, fue amplificada de la noche a la mañana, para hacerla aparecer como una expresión del sentimiento colectivo del gobierno y de la sociedad australianos. La serie televisiva australiana *Embassy* —cuya baja popularidad la hubiera destinado al olvido de los medios—, incluso antes de que se aceptara su transmisión en Asia, se interpretó como una prueba de la continuada insensibilidad australiana hacia las aspiraciones islámicas de Malasia. Las rápidas telecomunicaciones —la condensación del tiempo y el espacio de la que está tan orgulloso el posmodernismo— no sólo difunden los espacios distintivos de los intentos comunicativos y las recepciones de la audiencia, las estrategias de los medios y las interpretaciones nacionales, sino también permiten que un lector como el doctor Mahathir rechace albergar sentido alguno de profundidad hacia los medios occidentales. Al negar la “interioridad” de los medios de comunicación occidentales, y en el ritual sin fin de culpar a Occidente, el doctor Mahathir puede “desaparecer” en él sin sentido de su propio “éxtasis de comunicación” (Baudrillard, 1985).

Segundo: la avidez del sujeto asiático por sentirse ofendido crea la ambivalencia misma de su deseo por los ricos ofrecimientos de los medios occidentales. No sólo es difícil invalidar los medios de comunicación occidentales y calificarlos totalmente como “malos” para nosotros, sino que algunos son innegablemente placenteros y, en Singapur, unos pocos como las producciones Walt Disney orientadas a la familia, proveen incluso un modelo del desarrollo futuro de los medios. Los medios de comunicación de masa son parte de la innovadora tecnología de la información (TI) que en estos tiempos nadie puede darse el lujo de ignorar o rechazar. Si por razones de desarrollo económico es imposible dejar de aprovechar estos ofrecimientos occidentales, aún es más difícil para el sujeto asiático resistirse a la seducción del entretenimiento masivo y del consumo del estilo de vida que la televisión y las revistas anuncian tan seductoramente. Este deseo es notablemente democrático. Si los adolescentes en Asia ceden fácilmente al encanto de la embestida pélvica de Michael Jackson, cuyo

concierto de 1993 en Singapur atrajo a cerca de 45 000 admiradores, los ejecutivos, hombres de negocios y los líderes políticos inscriben sus propios objetos de deseo en relojes Rolex y en autos Mercedes-Benz, firma que tiene una lista de espera de por lo menos doce meses para envíos a Singapur y a Malasia.

### Occidente como el mal trascendental

Atrapado en la tensión entre el rechazo y la seducción, el sujeto asiático necesitaría distinguir entre lo “culturalmente extranjero” —la crítica política del extranjero, la sexualidad abierta y visible, y algunas veces el pluralismo religioso— de lo económicamente útil. Pero este aislamiento selectivo de Occidente es casi imposible. Las quejas de los líderes políticos como el doctor Mahathir simplemente reafirman que el Occidente industrializado (que correctamente incluye a Japón) sigue siendo el centro mundial de las tecnologías, de la pericia industrial y la fuente del capital financiero. Mientras que él probablemente desee mantener una barrera contra las corrupciones culturales de Occidente, la tarea urgente del desarrollo económico lo haría invitar de nuevo a Occidente, simplemente porque el desarrollo sustentable depende de la participación de Occidente y de sus tecnologías. De hecho, el crecimiento económico y la industrialización futura del Sudeste de Asia probablemente incrementarán la integración con las economías occidentales y con los centros metropolitanos —aunque no aumente la confianza. Lo que está ocurriendo con los medios de comunicación de masa sólo significa esto, y alerta sobre la reunión de Oriente y Occidente y de otras regiones. Vale la pena repetir la ambivalencia de las sociedades del Sudeste asiático hacia Occidente: en el momento en que crean las condiciones para echar a Occidente, se encuentran buscando espacios económicos e industriales para apoyar y acomodar su regreso. Esto tiene todavía más recovecos. La llegada de Occidente a Asia haría aún más necesario volver a poner a Occidente en su lugar explotando todos los antagonismos históricos —reales e imaginarios— y las diferencias entre Oriente y Occidente.

A diferencia de lo que dice el discurso asiático sobre los medios de comunicación de masa, la globalización no facilita tanto el imperialismo cultural occidental como la reconfiguración de la relación Oriente-Occidente, que ya no puede encajar más en la oposición tradicional entre víctima y perpetrador, nosotros y ellos, aquí y allá. La globalización altera dramáticamente la distancia espacial entre gente, comunidades y culturas diferentes en el mundo. Aquellos que solían ser forasteros ahora viven entre nosotros; en un mundo de comunicaciones globales no tenemos la alternativa de escoger a nuestros vecinos. Los forasteros entre nosotros son una profunda contradicción. Ellos difunden las distinciones entre afuera/adentro, enemigos/amigos, sí mismo/el otro, cruciales en la construcción del Otro Maligno para mostrar la posibilidad de Dios y de la salvación. Encontrarlo cara a cara no sólo hace que el Otro occidental aparezca disminuido respecto de lo que se ha imaginado que era; en el mundo del capitalismo transnacional encontramos que tenemos que tratar con él, porque él es esencial para realizar nuestras propias ambiciones políticas y económicas.

Cuando Occidente como otro está continuamente entre nosotros, ya no es más el enemigo, se convierte en un *extraño*. Los enemigos son esenciales, de hecho útiles, al ofrecer la comodidad de la simetría: sin enemigos no habría amigos, y éstos sólo existen porque hay enemigos más allá de las fronteras de la amistad. Pero el extraño nos hace ver la ilusión de esta simetría, porque él no es ni amigo ni enemigo, o puede ser ambos, y así rechaza los “presumidos antagonismos de conflicto y diferencia” (Bauman, 1990: 143). El análisis de Bauman repite la concepción clásica de Simmel del extraño como “el hombre que llega hoy y se queda mañana” (Simmel, 1971: 143). El extraño es perturbador porque cabalga sobre la contradicción como el enemigo que vive en nuestra comunidad. Al romper las claras divisiones espaciales entre amigos y enemigos, el extraño amenaza la certeza del conocimiento y, así, el orden social mismo (Bauman, *op. cit.*; Douglas, 1966).

Occidente como el mal trascendental es la identificación principal del extraño de Simmel, por su movimiento desaso-

segado en la geografía de la modernidad. En el flujo global de la información y de las culturas, y en la restructuración de la economía global, Occidente ya no da comodidad como el Otro ni como el enemigo. Por supuesto, el enemigo y el extraño representan, ambos, una red de posibilidades de la cual provendría la amenaza real y la imaginaria, pero la amenaza que puede venir del extraño es inmensamente más aterradora. Esto se debe a que al no ser ni un amigo ni un enemigo, el extraño nos niega la capacidad de responder: no podemos actuar porque no tenemos manera de saber cuál es el caso. Si Occidente como extraño es intolerable, la única estrategia para el sujeto asiático es darle forma adjudicándole cualidades morales cruciales, y, en el proceso, transformarlo de un extraño en *un enemigo*. Si la modernización y la globalización mitigan el estatus de Occidente como el enemigo al traerlo a tierra asiática, el discurso asiático, en el mismo momento en que Occidente se convierte en un extraño, lo mueve hacia el otro territorio del exilio. El discurso asiático de Occidente es una estrategia que siempre resiste el despliegue de Occidente como un extraño mediante la reversión constante del proceso de reunirse, al restaurar su estatus como un enemigo/otro.

En contra de los reclamos y deseos de la burguesía intelectual del mundo en desarrollo, la modernización está invariablemente vinculada a la occidentalización. Desde el punto de vista del brillante análisis de Simmel, el potencial de Occidente para desestabilizar el "orden social asiático" es tan real como ilusorio. En su necesidad de establecer para siempre el estatus ambiguo de Occidente, el sujeto asiático lo representa dentro de un fantasmal producto de deseo. Si la modernidad conlleva no sólo progreso y mejores niveles de vida sino también la occidentalización, amenazando así a nuestras comunidades circunscritas, entonces el destino podría ser demasiado terrible para contemplarlo. La desaprobación es la ruta lógica del deseo para evitar la necesidad de confrontación consigo mismo. La "occidentoxicación", por usar un término de Beyer (1990), representa un espectro de este despliegue. Occidente, tal como lo pondría la proclamación del Aliran, movimiento revivalista espiritual en Malasia, es la tierra del

Ángel Caído, infectado de una miríada de males sociales y morales:

Los [p]roblemas que surgen de la producción ilimitando [sic], del consumo sin fin, de una situación fiscal anárquica, de la erosión de los valores absolutos, de la relación antagónica entre el individuo y la comunidad, la pérdida tanto de disciplina como de amor en la familia, el declive del sentido de lo sagrado en el hombre —hombre y hombre [sic]— y la relación de la naturaleza... (Chandra, 1985: 25-26.)

La queja de la “occidentoxicación” es una expresión poderosa del no-Occidente de su ambivalencia hacia la modernidad, y de la necesidad urgente de construir una separación a largo plazo de la occidentalización y la modernización. La reconfiguración de Occidente como el mal trascendental —“Occidente: el Imperio Satánico”— da una clara señal de un regreso a cierta formulación fundamental capaz de comunicar distintivamente valores y aspiraciones asiáticas (o cualesquiera otras no occidentales).

El discurso asiático sobre los medios de comunicación de masas es una de las muchas instancias que intentan manejar y resistir el movimiento desasosegado de Occidente en los paisajes sociales, culturales y políticos del mundo. El exilio del extraño, el aprisionamiento del Otro occidental en el espacio opuesto, es un paso crucial para proteger el propio suelo asiático. El hogar no puede admitir al extraño; pero al asegurarlo como un enemigo, la maniobra crea en Occidente un sitio donde el sujeto asiático encuentra seguridad para sus incertidumbres.

Posdata: autenticidad cultural, “occidentoxicación” y la política de los signos

Por su innovador y rápido desarrollo tecnológico, los medios de comunicación de masas, más que ninguna otra cosa, desencadenan una tensión crucial que provoca una respuesta urgente de los gobiernos y las sociedades del Sudeste asiático. El sendero para esta resolución re-compromete el pasado an-

tagonismo de las relaciones coloniales entre Oriente y Occidente para manejar la experiencia traumática del presente. Es quizá la evocación de este pasado incómodo lo que frecuentemente inmoviliza a Occidente en el silencio cada vez que sus sociedades y su gente son acusados de los pecados de flojera, individualismo extremo, falta de disciplina y decadencia moral. Privilegiar al sujeto asiático como hacen algunos líderes del Sudeste de Asia, como el doctor Mahathir, también compele, como un opuesto significativo, a una concepción de los “valores asiáticos” como moralmente auténticos, cargados de cualidades fundamentales que dan sentido a una cultura y a una identidad asiática única (en singular). Pero la autenticidad es un fardo, pues la concepción de la “cultura asiática” como un conjunto de valores y prácticas históricamente continuos crea también las condiciones de su vulnerabilidad. La pureza invita a la corrupción; es un estado que lleva la semilla del desorden y del peligro del colapso moral, como Mary Douglas (1966) ha advertido. Sin embargo, la concepción de la personalidad moral única del sujeto asiático es necesaria para crear el opuesto igualmente esencialista de Occidente. Sólo viendo a Asia como tradicional, auténtica y comunal podemos entender a Occidente como anárquico, impuro e individualista (Koh, 1993).

Pero hay una profunda ironía en esto. Tal como Edward Said ha planteado, el Oriente ligado a la tradición sentimental y gobernado por la emoción es un constructo orientalista de la empresa imperialista occidental. La irrealidad del proyecto del doctor Mahathir radica en negar la capacidad de cambiar posiciones de Oriente y Occidente, objeto y sujeto, víctima y perpetrador. Este sentido de ilusión también procede del sujeto asiático cuando olvida su irónica entrada en la duplicidad orientalista. Seducido por su propia “autosubalternización” —para usar una frase de Rey Chow (1993: 14)—, el doctor Mahathir vela para siempre su propio deseo de los ricos ofrecimientos de Occidente.

Con esta ambivalencia, los efectos de la “occidentoxicación” son tan reales como ilusorios. El imperialismo cultural, del cual el doctor Mahathir extrae referencias significan-

tes, es un asunto intrincado que no se puede justificar, ni siquiera con la mejor de las intenciones postestructuralistas. Aquí el espíritu es de no menospreciar el "impacto" masivo de Occidente o de cualquier medio de comunicación sobre la sociedad. Pero una crítica de los medios de comunicación occidentales no puede pasar por alto, como hace el doctor Mahathir, el dar un vistazo a las complejas agendas y deseos implicados, en primer lugar, en la crítica. ¿Cuál es el apuntalamiento urgente que lleva a Malasia a su actual conflicto con la prensa inglesa? Si son las "mentiras" del *London Sunday Times* las que han precipitado la crisis, es también la presunción de inocencia natural de la víctima la que ha provocado que el asunto salga de sus dimensiones reales, y lo ha convertido en un espinoso problema de insulto nacional. No es tanto la "verdad" en esta y otras contiendas entre el doctor Mahathir y los medios de comunicación occidentales la que se puede extraer para contestar esta pregunta: ¿están los medios de comunicación occidentales "verdaderamente" preocupados por dar noticias buenas pero poco interesantes acerca de Asia? Aquí la "verdad" y la "falsedad" no pueden agotar las cuestiones. La controversia política en un mundo globalizado es siempre un compromiso mutuo que implicará a Oriente y a Occidente, la realidad y la fantasía, el pragmatismo y el deseo. Por esta razón tenemos que dedicarnos al complejo embrollo de la agenda del doctor Mahathir, a pesar de su resonancia como un gesto anticolonial o poscolonial.

### Bibliografía

- ADORNO, T.W., *Philosophy of Modern Music* (trad. de A.G. Mitchell y W.V. Blomster), Nueva York, Seabury Press, 1973.
- BHABHA, Homi K., "The Other Question", *Screen*, 24(6): 18-63, 1983.
- BARTLEY, Robert *et al.*, *Democracy and Capitalism*, Singapur, Institute of Southeast Asian Studies, 1993.
- BAUDRILLARD, J., "The Ecstasy of Communication", en H. Foster (comp.) *Post modern Culture*, Londres, Pluto Press, 1985.
- BAUMAN, Zygmunt, "Modernity and Ambivalence", en Mike Featherstone, 1990.

- BEYER, Peter F., "Privatization and the Public Influence of Religion in Global Society", en Mike Featherstone, 1990.
- CHANDRA, Muzzaffar, "Islam in Malaysia: Resurgence and Responses", *New Asian Vision*, 2(1): 14-34, 1985.
- CHOW, Rey, *Writing Diaspora: Tactics of Intervention of Contemporary Cultural Studies*, Bloomington, Indiana University Press, 1993.
- DERRIDA, Jacques, *The Margins of Philosophy*, Chicago, Chicago University Press, 1982.
- DOUGLAS, Mary, *Purity and Danger*, Londres, Routledge and Keagan Paul, 1966.
- FEATHERSTONE, Mike, *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity*, Londres, Sage, 1990.
- JUSSAWALLA, Meheroo, "Information Technology and Economic Development in the Asia Pacific", *Media Asia*, 20(3): 134-140, 1993.
- KOH, Tommy, "10 Values that Help East Asia's Economic Progress, Prosperity", *ST*, 14 de diciembre de 1993.
- LYOTARD, J.F., *The Postmodern Conditions*, Manchester, Manchester University Press, 1984.
- MITCHELL, Tony, "Orientalism in Ragaan: Embassy's Imaginative Geography", *Meanjin*, 52(2) invierno, 1993.
- SAID, Edward, *Orientalism*, Middlessex, Penguin, 1978.
- SIMMEL, Georg, "The Stranger", *On Individuality and Social Form* (primera edición, 1908), Chicago, Chicago University Press, 1971.
- WANG, Georgette, "Satellite Television and the Future of Broadcast Television in the Asia-Pacific", *Media Asia*, 20(3): 134-140, 1993.
- WANG, Mei-Ling, "Whose Domination, Whose Ideology?", *New York Times Reporting on China*, *Asian Journal of Communication*, 2(1): 51-70, 1991.

#### *Periódicos y revistas*

- The Straits Times*, Singapore (ST).
- The Sunday Times*, Singapore (STS).
- The New Strait Times*, Kuala Lumpur (NST).
- The Star*, Kuala Lumpur.
- Asiaweek*.
- Far East Economic Review* (FEER).

